



«La muerte en directo», de B. Tavernier, propone el tema de un hombre con una diminuta cámara de televisión en el cerebro que retransmite la muerte de una mujer, minuto a minuto, sin que ella lo sepa.

EL ordenador está escapando de su medio natural. Ya lo intentó antes y se convirtió en robot de «ciencia ficción». En «2001» la película de Kubrick, apareció uno de estos patéticos individuos, condenados a la soledad y la impotencia de su propia superinteligencia. Hoy, huye también del mundo de la cibernética e invade la sociología, la estadística, la preceptiva literaria y hasta la música. El ordenador es la memoria de los pueblos, el compendio de la masa orteguiana, casi el «Volksgeist» de Hegel. Este transfuga electrónico, este enojoso mementodo, encima comienza a reclamar el poder. Y tiene razón, porque si es la gente si contiene en su misteriosa preñez de cables y terminales, los gustos y las inclinaciones de millones de seres humanos, al final debe controlar los actos políticos por el ordenador, con el ordenador y para el ordenador.

En una estremecedora película, «Muerte en directo», fechada unos pocos años adelante, se nos proponen algunos de estos horrores. Por ejemplo, la víctima de la película trabaja, habitualmente, en la confección de «best seller» con ayuda del ordenador. Veamos cómo se hace esto; supongamos que queremos escribir una historia de amor y desamor, con un esquema clásico de «chico busca chica-chica encuentra chica-chico pierde chica», etcétera, etcétera. Nuestro querido ordenador tiene ya almacenados los datos de una amplia encuesta sobre reacciones del público

FABRIQUE UN «BEST SELLER» CON AYUDA DEL ORDENADOR

RAMIRO CRISTOBAL

lector ante diversas escenas de novelas anteriores, además ha seleccionado las que revelan una aceptación mayoritaria. Entonces, por ejemplo, se le plantea una situación: una playa del sur de Inglaterra, un día gris, la chica está ensimismada mirando el espectáculo de un mar un poco tenebroso y encrespado. De repente, se vuelve y ve al hombre. Pregunta al ordenador: él le habla y se interesa por sus pensamientos. Respuesta de la máquina: «negativo». Nueva pregunta: él permanece en silencio, y, lentamente, alarga una mano hasta el pelo de ella que enreda el viento marino. Respuesta: «negativo». Otro intento: el héroe pasa de largo, apreciando, en una fugaz mirada, lo hermosa y deseable que es ella. Y la máquina: «afirmativo». Ya tenemos pues una situación resuelta.

Pasan los meses y es primavera. El hombre y la mujer vuelven a encontrarse esta vez sobre una verde colina de Cornualles. Pregunta: vuelven a

pasar de largo. Respuesta: «negativo». Pregunta: una repentina oleada de pasión les lleva a unirse en una prolongada caricia. Respuesta: «negativo». Pregunta: se sienta mirándose a los ojos en solemne silencio. Respuesta: «afirmativo», etc., etc. Luego se repite todo con su vida matrimonial, un eventual divorcio, las relaciones con los hijos (Pregunta: Tendrán un solo hijo, varón, y la madre quedará imposibilitada para tener más. Respuesta: «afirmativo») y un par o tres probables amantes de uno u otro de los personajes.

Al final hay, al menos en potencia, un éxito asegurado. Una editorial avispada, con este método, puede planificar los ingresos y hasta hacerse un esquema de variaciones en el cual entre un ganador seguro y varios accésits, intercalando alguna resolución de escena inédita por si se da en el clavo de posibilidades futuras. Además se puede hacer una novela de cada uno de los géneros clásicos:

FABRIQUE UN «BEST SELLER»

policíaca, de espionaje, conflictos raciales, etc. Incluso una biografía de Abraham Lincoln en la que este caballero haga todo lo que se espera de él. Al fin y al cabo, nadie se va a enterar de que es mentira.

Se abren así posibilidades de todas clases. Podrían cogerse los mejores libros de la historia de la humanidad y hacer el superlibro de computadora. El personaje desgraciado, contradictorio, de Ana Karenina; la inútil y enternecedora dedicación de Alonso Quijano; el cinismo de Elmer Gantry; el inquebrantable optimismo de Pangloss; la envidiable serenidad del cardenal Borromeo en «Los novios»; el alegre vitalismo de Alexis Zorba. Hasta sería posible traducir el sentido del humor de Munro, la torturante introversión de Joyce y la minuciosidad de Proust. Quién sabe, a lo mejor, ya hay alguien que está dedicado a ello.

Otros monstruos y engendros

Pero el sueño de la electrónica produce monstruos. En la película más arriba mencionada, su director Bertrand Tavernier, propone otro tema alucinante: un hombre con una diminuta cámara de televisión en el cerebro y a través de sus propios ojos transmite, segundo a segundo, los últimos días de una mujer moribunda sin que ella tenga conocimiento de tan morboso empeño. El programa es seguido, noche tras noche, por millones de personas. Como sin querer se nos plantea un primer tema: ¿Es el mismo público el que lee los «best sellers» de la protagonista y goza, a la vez, con su agonía? Indudablemente debemos entender que es así y que los temas están profundamente relacionados en cuanto que operan sobre la misma masa anónima de personas alienadas. Estaríamos ante un círculo cerrado: la joven escritora ha creado el gusto y la sensibilidad de una gente que en otras circunstancias goza con el espectáculo de su muerte. En último término, la devora, como ya venía haciendo con su espíritu a través del ordenador.

Probablemente aún no estamos totalmente de lleno en esta forma de fabricar cultura, aunque es igualmente posible que nos movamos en los prolegómenos, en la prehistoria, de este nuevo asalto a la razón. Ya hay más de un ejemplo, aún torpe y desmañado, de la nueva era. Lo que ocurre es que aún resulta demasiado



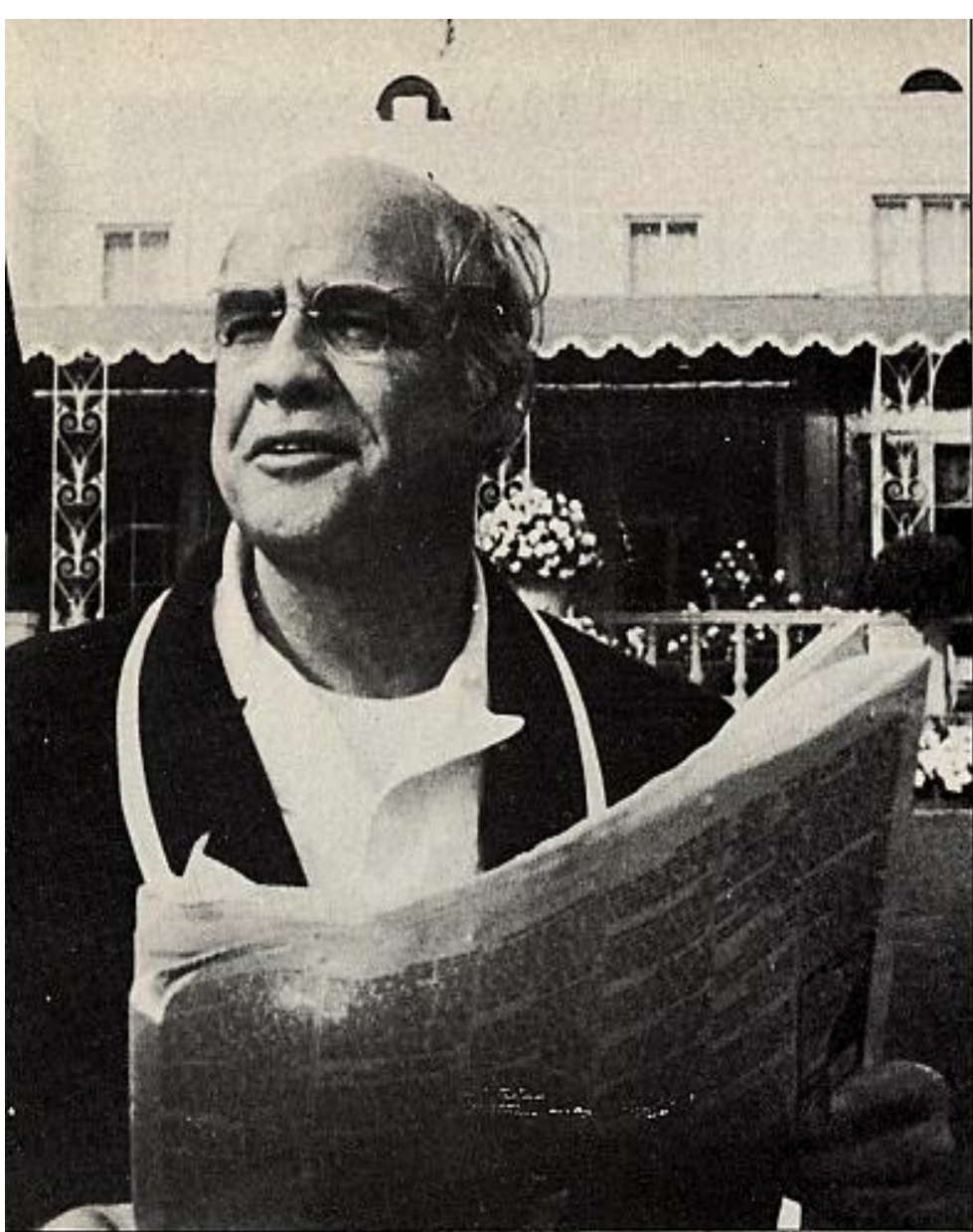
costoso almacenar los tópicos y la sensibilidad media de nuestros conciudadanos. Hoy por hoy, como hace algún tiempo, todavía se recurre al individuo-masa, es decir a ese ejecutivo fundamental, irremisiblemente abocado al éxito, que puede traducir —a base de cinismo o mediocridad— las reacciones de millones de sus contemporáneos. Es el hombre que jamás comete el pecado de colocarse en la vanguardia, ni al margen, ni camina en dirección contraria— por el contrario está en el centro del gran oleaje humano y se complace en absorber lo más oculto de sus pensamientos para devolvérselos, a continuación, como un gran invento y la más profunda razón.

Estamos, pues, en la etapa artesanal, en un momento de apenas asentamiento preindustrial. Habrá que esperar algún tiempo para que se llegue a un aceptable nivel de cientifismo en estos asuntos.

De momento, como ya decíamos, comienzan a haber algunos ejemplos significativos. Los aficionados al cine habrán visto, sin duda, un robusto ejemplar de nuestro género, ante el

que es preciso quitarse el sombrero y guardar silencio reverente. Se trata de la película de Avildsen, «La fórmula», asombroso crisol de todos los tópicos políticos de nuestra época. En gozoso revoltillo aparecen mezcladas ideas progresistas y reaccionarias, antinazis y anticomunistas, anticapitalistas y prooccidentales... lo mejor de todo es que, sin faltar una coma ni sobrar un acento, aparecen exactamente como son en los prejuicios del público medio. Con esto no hay que pensar que todo lo que allí se dice sea falso, sino simplemente que entran en ese enorme saco sin fondo y mucho menos con forma, donde se debaten las mil y una tonterías que se dicen por el mundo.

Para empezar, se nos propone un policía mezclado en un asunto de drogas y otro honrado a carta cabal. ¿Quién no cree algo así, como fiel reflejo de la realidad? Después viene un orondo y ambicioso capitalista (lo de orondo no es gratuito; véase al señor Brando en acción) responsable de una multinacional del petróleo. Desde luego ¿quién piensa que pudiera ser de otra forma? Este señor, descubrimos, tuvo que ver con el



A la izquierda, George Scott y, a la derecha, Marlon Brando. «La fórmula», de Avildsen, a la que pertenecen los dos fotogramas, recoge todos los tópicos políticos de la época, que aparecen exactamente como son en los prejuicios del público medio.

derrocamiento de Allende en Chile. Como tenía que ser, porque Allende muerto da ahora mucha pena. En fin, la trama es mucho más profunda, viene de más lejos: está implicada una organización de antiguos nazis, con supuesta agrupación terrorista de izquierdas de Alemania Federal y para dar el toque exótico, los activistas Palestinos. Después, aparecerán conceptos tan dispares como la agitación «roja» en las Universidades, el muro de Berlín y la dictadura inmisericorde en la Alemania del Este. También los campos de concentración nazis (la gente ha visto «Holocausto»), la pornografía y hasta un sabio megalómano y grandilocuente como no se veía hace tiempo. Naturalmente que todo se mueve alrededor de una pretendida fórmula de gasolina sintética a partir del carbón, asunto éste que constituye el principal quebradero de cabeza del ciudadano motorizado de nuestros días.

No es, desde luego, momento de entrar en los atractivos o los defectos de este engendro (de engendrado, hijo putativo, vástago; sin ánimo de despertar en el lector ideas de fealdad

extrema o maldad desaforada). Lo que nos interesa ahora es su apabullante puntualidad en tocar todos los resortes de la A a la Z y del rojo al azul. Lástima que —no se puede ganar siempre— el público parezca sentirse apabullado por temas que exceden algo de su comprensión y su interés. Comparten, desde luego, todas y cada una de las cosas que se dicen y que ocurren en la película, lo que pasa es que no les interesa casi nada. Hay veces que no basta el acuerdo entre dos personas, de opuesto sexo, para desear llevar la cosa a sus últimas consecuencias sexuales. Generalmente se opina que en la cama debe haber algo más que prejuicios plácidamente compartidos.

Diablos humanoides

Ocurre que, en cambio, algunas veces, espíritus traviesos, vacilantes diablillos, se escurren entre las finas mallas del tinglado cibernético. Se les conoce en seguida. Mientras la cultura por ordenador es sólida, llena de hechos tangibles y vociferantes, esos

otros diablos humanoides, salidos de un humilde cerebro creador, se muestran inseguros y etéreos. Suelen estar llenos de preguntas y dan muy pocas respuestas, gustan de decir las frases a medias y dejar la inquietud de la última palabra no pronunciada. Están llenos de insólitas relaciones y ángulos inesperados.

Como hemos empezado con el cine de estos últimos tiempos creo que habría que dejar constancia de este otro género en el mismo terreno. La película de Bellocchio «Salto en el vacío» no ha salido del ordenador y, claro está, no ha gustado. Alarmanamente no ha llamado la atención siquiera de esa consoladora minoría de que nos veníamos enorgullecendo desde nuestros años jóvenes.

Una familia gris de la burguesía media; unas relaciones de poder que no tienen remedio ni llegan a consumarse, una rutina siempre renovada, unos amores llenos de odio, etcétera. Paradojas para todos los gustos, regusto borgiano para dar y tomar. Incluso la presentación a base de un complicado «puzzle» cinematográfico que luego toma forma está contraviniendo las leyes de la computadora que exige conclusiones rápidas y definitivas que luego deben quedar olvidadas para ser rápidamente substituidas.

En fin «Salto en el vacío» no ha gustado al público, lo cual nos lleva a la conclusión provisional de que sigue erosionándose la propensión a reflexionar sobre los productos de la cultura. Y aquí entramos —como presunto responsable— en otro campo también mencionado en este trabajo: el de la televisión, porque no hay medio más proclive a bendecir conclusiones estereotipadas que la televisión: Tavernier acierta de lleno cuando nos propone este binomio: ordenador y televisión, como el más firme y decidido San Jorge contra el dragón de la libertad individual y colectiva. Televisión y ordenador suscriben gallardamente, el «no pasarán» contra las locas ideas y la corrosiva invitación al pensamiento.

Estos diablos de estirpe humana, sin embargo, no deben asustarnos con su ceñuda propensión a las dificultades. Sin grandes problemas aun podemos, mediante un breve y sencillo curso de aprendizaje, fabricar nuestro propio «best seller» con todo incluido y felicitaciones aseguradas. ■ R. C.